

Nació hija única de una mujer sola. Vivían en una cabaña en mitad de ninguna parte. El mundo existía, pero muy lejos de allí. No pudo ir a la escuela, no había ninguna aldea en muchos kilómetros a la redonda. Su trabajo desde niña y por años consistía en recolectar hierbas medicinales que su madre le enseñó a reconocer. Lo hacían juntas hasta que su madre en una mala caída se quedó inválida y condenada a guardar cama de por vida. Una vez cada tres meses llegaba Nazario, un viejo que les cambiaba las hierbas por algunos víveres. María Mercedes que así se llamaba, no conoció a más personas que su madre y el viejo Nazario. El día que su madre murió ella contaría veinte años si hubiese aprendido a contar; no sintió tristeza ese día, como solo sintió un exceso de calor el día que el viejo Nazario hizo un nuevo cambio en ese trueque que ahora era entre dos. María Mercedes era fuerte, nunca se había enfermado, y no entendía porque comiendo lo mismo, estaba engordando tanto. Pero sin saber por qué, sospechaba que esa gordura excesiva era lo que había hecho desaparecer a Nazario que no había vuelto desde hacía ya seis meses. Una mañana, empezó a sentirse mal, y un dolor desconocido y descomunal la postró. Desde sus entrañas nació un desgarró que hizo surgir, algo inexplicable para ella.

Nació hija única de una mujer sola. Vivían en una cabaña en mitad de ninguna parte. El mundo...

Félix Martín Cámara